



APORTES PARA EL SINODO

RELACIONES.

ITINERARIOS. *Una formación integral y compartida*

Concepto. La *formación integral* que necesitamos en una Iglesia sinodal tiene que ver con una formación que logre integrar varios elementos -a menudo entendidos como antagónicos- pero que deben colaborar en una mejor asimilación de varias dimensiones de la vida. Como ejemplos de estos antagonismos pensemos en: mundo-Iglesia, profano-sagrado, cuerpo-alma, santidad-pecado, maldad-bondad, espiritual-material; entre tantos otros. En la formación que seguimos recibiendo en la mayoría de la formación cristiana o religiosa (en colegios católicos, centros de formación, seminarios, universidades), hay un cierto énfasis en aquello que colabora con una formación para que la persona pueda intentar vivir y comprender las “cosas de Dios”. En contra de ello existe una falta de formación de varias dimensiones del amplio espectro humano, que no se quiere enseñar intentando evitar que la persona no se distraiga y “pierda su alma” en cuestiones que la pueden alejar de Dios. De alguna forma, se procura espiritualizar tanto la vida humana, que se termina en un espiritualismo (espiritualidad deformada), desencarnada (lejos de la realidad), en una dependencia de algunos líderes o guías religiosos, cuando no, ciertas ideologías.

Necesitamos des-satanizar algunas ideas y de humanizar otras, procurando des-infantilizar nuestra enseñanza de la religión, valorando los saberes que vienen de otros ámbitos (ciencia, economía, política) con el fin de ayudar a cada creyente a procurar la madurez humana y espiritual. La formación integral que una comunidad cristiana necesita tiene que ver con recibir una formación que complemente la que podemos recibir en el ámbito civil, pero que, a su vez, necesita aprender con esos saberes. Esta formación debe introducirnos en el mundo de las ciencias puras y humanas, en el ámbito político, en el ámbito económico, en el ámbito de la gestión, en el ámbito de la ética, en los desafíos sobre la ecología y el cambio climático. Si queremos líderes laicos y laicas que se involucren con las cuestiones de justicia social, de lucha por los Derechos Humanos, no basta la formación básica sobre los fundamentos de la religión, sino que también debemos apostar a formar y fortalecer los conocimientos de personas que integran nuestras comunidades. La formación integral debe procurar un fin ético, en virtud del cual redescubrir y reinventar el valor de la existencia social, cultural, humana y ambiental. La formación integral es, por principio, *integradora*: logra reunir elementos de los más diversos ámbitos de la vida social para llevarlos a la reflexión y el discernimiento

espiritual, comprometiéndonos a privilegiar la vida en todo momento y por sobre toda estructura institucional.

Aplicación. De la misma forma, y en concordancia con lo dicho anteriormente en los apartados anteriores, esta formación integral, debe forjarse aprovechando los carismas de los integrantes de la comunidad que estén preparados en algunos de los ámbitos necesarios. Procurar en la comunidad los ecónomos, los contadores, los que llevan adelante la gestión de unas empresas, los profesores de las diversas disciplinas, los especialistas en psicología, sociología, los que trabajan en el ámbito de las ciencias, e invitarlos a que se organicen de forma de lograr un espacio de formación permanente para la comunidad. En este sentido, siguen siendo los laicos los más preparados para estas funciones de enseñanza. Pero también, los laicos deben asumir la formación espiritual de la comunidad, aprovechando la riqueza asimilada desde la experiencia, junto con aquellos integrantes que están formados en espiritualidad, teología, etc.

Para qué. La formación integral -insistimos- debe ser integradora y para ello toda la comunidad cristiana puede y debe ponerse al servicio del compartir sus experiencias y la riqueza de la sabiduría aprendida en el camino de la fe. Si la sinodalidad implica que toda la comunidad camine junta, trabaje en equipo, posea relaciones de fraternidad, necesita entender que, en los diferentes momentos de la comunidad, unos llevarán el “cayado” por un tiempo, que luego se lo pasarán a otros/as, intercambiando los dones y carismas, renovando siempre la energía de la comunidad. No siempre son los pastores (los sacerdotes) los mejores preparados para hablar de ciertos temas